

AGENDA CIUDADANA

MEXICO, SUS INVASIONES Y RESISTENCIAS

Lorenzo Meyer

La Resistencia como un Arte de los Débiles.- Entre el puñado de temas que hoy están en el centro de la atención internacional se encuentra la resistencia creciente a la ocupación norteamericana de Irak. Vale la pena ahondar en esa cuestión desde nuestra propia historia, pues en México también se tiene algo que decir en la materia.

Una de las vías en que ciertas sociedades débiles han podido mantener su independencia política o al menos su identidad en circunstancias difíciles, es mostrando a los fuertes que irrumpir en ellas puede ser empresa relativamente fácil usando la superioridad militar pero que lo difícil viene después, al tener que controlarlas en el largo plazo o al tener que salir de ellas. Y es que en esa segunda etapa adquieren mayor importancia los elementos políticos, sociales e incluso culturales, campos en los que la gran potencia ya no necesariamente mantiene el mismo control y superioridad que en lo militar. Esto último es justamente lo que pareciera estar sucediendo en Irak y, en menor medida, en Afganistán. En el pasado reciente, las incursiones militares norteamericanas en la antigua Yugoslavia, Panamá, Granada o Haití concluyeron con un éxito relativo; en contraste, están los desastres de Somalia, Líbano y, desde luego, Vietnam.

La resistencia posterior a la ocupación militar de un país débil por uno poderoso puede o no darse. Y es que la superioridad militar puede ser tan aplastante y el tipo de régimen derrotado tan ilegítimo o las divisiones internas tan fuertes, que el invasor termine por ser bienvenido o al menos tolerado como un mal menor. Sin embargo, y pese a la globalización, aún vivimos en la época del nacionalismo, y ese sentimiento o factor puede alentar la resistencia hasta convertir la victoria militar inicial del intruso en derrota o algo similar. En la experiencia mexicana hay ejemplos de todo ello.

La Defensa del Puercoespín.- Por los adelantos que la revista Proceso (9 de noviembre) acaba de hacer en torno al libro en que el ex embajador norteamericano en México, Jeffrey Davidow, analiza su experiencia entre nosotros entre 1998 y 2002. Es claro que el título de la obra –“El oso y el puercoespín”-- es también su tesis. El oso norteamericano es fuerte, seguro de si mismo, siempre en posibilidad de tomar la iniciativa y dañar, incluso sin proponérselo, al vecino. México, el puercoespín, es pequeño, no está diseñado para agredir sino para reaccionar, es hipersensible y para sobrevivir en una relación de poder tan desigual, tiene que estar siempre a la defensiva: enconchándose y confiando en que sus púas hagan pensar dos veces a quienes tiene cerca sí vale o no la pena el esfuerzo de meterse con él.

Como toda metáfora, la del oso y el puercoespín simplifica mucho la realidad de la relación mexicano-americana pero subraya muy bien un punto importante: México tiende a reaccionar a la defensiva frente a Estados Unidos y a introducir complicaciones hasta en los asuntos que no las requieren. En cualquier caso, para responder al título de la obra de Davidow se puede decir: “la burra no era arisca, los palos la hicieron”.

A partir de la conquista europea, la experiencia política del grueso de los mexicanos es la historia de múltiples maneras de resistir a una explotación y humillación sistemáticas. Las más de las veces se trató de resistencia pasiva, como corresponde a los débiles, pero no por ello menos efectivas. Con la independencia, esa actitud desarrollada por las clases subordinadas durante el período colonial, terminó por elevarse al nivel de política exterior, pues sin tener la fuerza para imponer abiertamente su interés nacional frente a los grandes actores del sistema internacional, el país tuvo que ir aprendiendo a adaptar el viejo arte interno de la resistencia de las clases populares frente a criollos y españoles, a su relación con las potencias: obligar al otro a considerar el precio de su imposición.

El aprendizaje de las élites de resistir tomó tiempo, tuvo un costo y dejó como herencia la desconfianza como actitud básica de la política exterior mexicana. Una desconfianza que cristalizó, por un lado en el nacionalismo pero, por otro, en una cierta dificultad para diseñar y tomar iniciativas, riesgos, de cara al mundo externo.

La Guerra del 47.- Supongo que el ex embajador Davidow no buscó ser original al identificar el momento en que cristalizó la desconfianza de México frente a su vecino del norte y a las grandes potencias en general: la invasión americana del 47. Para entonces México ya había empezado a comprender lo peligroso que era el sistema internacional, las lecciones habían sido el fallido intento de reconquista español de 1829, la sublevación exitosa de los colonos norteamericanos en Texas (1836) y el castigo que la flota del contra almirante francés Charles Baudin infligió a Veracruz entre 1838-1839.

El presidente norteamericano James Polk decidió emprender la guerra contra México con el objetivo no sólo de asegurar la anexión de la provincia de Texas, sino, sobre todo, de apropiarse del extremo norte de México, la zona menos poblada de ese país. En efecto, en los 1830, en el norte mexicano se encontraba sólo el 13.1% de la población total, es decir, apenas 837 mil personas. Y los cálculos disponibles nos dicen que finalmente en aquella enorme superficie que en 1848 arrancó Estados Unidos a México, apenas si estaba ocupada por unos 200 mil mexicanos. Ahí la debilidad de la demografía hizo atractivo el ataque: ¡adquirir un México sin mexicanos!

El México que se enfrentó entonces al expansionismo norteamericano fue el país más poblado y más ligado al centro, pero que de ninguna manera era un verdadero Estado nacional. Se trató de un agregado de regiones con poca o nula cohesión y comunicación entre si y gobernadas por unas élites en conflicto constante e incapaces de llegar a e imponer un proyecto nacional. El gobierno de Washington, en cambio, sí estaba sustentado por un auténtico Estado y, pese a la tensión norte-sur, contaba con un

consenso en torno al “Destino Manifiesto”. El objetivo de Polk no era ocupar por mucho tiempo a su vecino del sur sino emplear la fuerza necesaria para obligarle a ceder el territorio semivacío que corría de Texas a la Nueva California.

La resistencia mexicana corrió básicamente por cuenta de la clase política y de lo que había de ejército regular, en buena medida producto de la leva. Santa Anna, entre las consideraciones que adujo para evacuar la Ciudad de México tras la caída de Chapultepec y de la garita de San Cosme el 13 de septiembre, fue que no tenía caso resistir ahí porque “el pueblo, con pocas excepciones, no tomaba parte en la lucha” (Roa Bárcena, José Ma., Recuerdos de la invasión norteamericana, México: Librería Madrileña, 1883, p.503). Y era verdad, cuando en mayo del 47 el general Worth ocupó Puebla tras la derrota de Cerro Gordo, se encontró con una población que rápidamente fraternizó con los invasores; claro que los norteamericanos tuvieron el cuidado de anunciar su buena disposición hacia los civiles, pagar en efectivo todo lo que compraban o tomaban –cosa que no hacía el ejército mexicano--, permitir la permanencia de la policía o dejar en claro que, pese a ser protestantes, respetarían a la “santa religión”, las propiedades de la Iglesia Católica y a sus autoridades, al punto que rindieron honores de general al obispo Vázquez. En fin, dice un testigo de la época “el pueblo no manifiesta respeto ni tampoco mucho odio a los invasores” (Roa Bárcena, op. cit., p.275).

La Ciudad de México ofreció el ejemplo contrario. Como si deseara desmentir a Santa Anna, del 14 al 16 de septiembre hubo un levantamiento popular contra las tropas invasoras en el centro de la ciudad que los norteamericanos sofocaron incluso con artillería. Fueron las clases altas, temerosas de la destrucción de la propiedad, las que se opusieron a continuar la resistencia. Para entonces, en San Luis Potosí, el gobernador Ramón Adame, ya había propuesto hacer de la guerra contra el invasor una guerra popular pero pronto, en la Sierra Gorda, se comprobó que las guerrillas podían

convertirse de “cuerpos francos” en semillas de una rebelión campesina que afectó los intereses de las clases propietarias. En Veracruz también surgieron guerrillas supuestamente para hostilizar las líneas de aprovisionamiento norteamericanas, como las comandadas por jefes como Francisco de Garay, José María Mata o Celedonio Domeco de Jarauta. Si, hostilizaron a los invasores pero también a los pobladores de la región y luego, como otro elemento más de desorden que de resistencia, surgieron las contraguerrillas, los infames “perros” (ver los trabajos de Tomas Calvillo, Monroy y Carmen Blázquez en Josefina Vázquez, ed., México al tiempo de su guerra con Estados Unidos, 1846-1848, México 1997).

En enviado diplomático de Polk para negociar la rendición mexicana, el señor Nicholas Triets entendió en 1848 que entre más tiempo transcurriera, mayor el peligro de enfrentar la acción de los irregulares y de la ingobernabilidad mexicana. Fue por ello que, aún sin tener el visto bueno de su presidente, firmó el Tratado de Guadalupe Hidalgo, pues quería que Estados Unidos se retirara de México a la brevedad, antes de que se descompusieran las cosas. Polk lo castigó, pero la historia le dio la razón.

La Experiencia de la Francia.- En vísperas de que Francia se embarcara en la aventura de imponer un emperador en México, Inglaterra le aconsejó no hacerlo, y no porque la fuerza expedicionaria francesa no pudiera triunfar militarmente sobre el ejército mexicano, como efectivamente sucedió a partir de la segunda batalla de Puebla en 1863, sino por el problema que vendría después, pues a ojos de los ingleses México era simplemente ingobernable. Tras el descalabro del 5 de mayo de 1862, Francia se impuso militarmente, pero entonces la élite liberal decidió correr el riesgo y librar una guerra irregular, de guerrillas. Para la población mexicana afectada, lo que ocurrió a partir de 1864 fue un horror más, pero políticamente dio resultado: los liberales lograron meter a los franceses en un pantano y el tiempo corrió en su favor. El ejército

francés no podía ser derrotado, pero mientras personajes como Mariano Escobedo pudieran organizar guerrillas y atacar plazas francesas de la forma como lo hicieron en Piedras Negras a principios de 1865 o destruir columnas completas como ocurrió el 16 de junio del año siguiente en la Mesa de Santa Gertrudis, en el norte —396 muertos y 167 heridos franceses, belgas, austriacos e imperiales mexicanos y casi mil prisioneros—, la voluntad de París por mantener sus tropas en México se erosionaría, sobre todo si a la presión de la guerrilla mexicana se le unía la norteamericana, que consideraba la presencia francesa en México como un desafío a la “Doctrina Monroe”.

Cuando en los 1870 alguien en Estados Unidos pensó en solucionar el problema de la frontera ocupando temporalmente los estados norteros mexicanos, la posibilidad de enfrentar una resistencia popular prolongada, le hizo desistir.

El Siglo XX.- La Revolución de 1910 abrió la puerta a una nueva acción directa norteamericana en México, pero en las dos ocasiones en que el fenómeno se materializó, el presidente Wilson tuvo el buen cuidado de limitar sus acciones. La ocupación de 1914 por siete meses fue de sólo una ciudad —Veracruz— y en 1916 la expedición comandada por el general John Pershing con objeto de capturar a Villa fue acordada con Carranza, que puso límites al movimiento de las tropas norteamericanas, que finalmente se retiraron incondicionalmente tras once meses de afán infructuoso. En ambos casos hubo una resistencia abierta limitada pero una buena dosis de complicaciones políticas que presentaron problemas a Washington cuando consideró llegado el momento de retirarse.

Las últimas amenazas creíbles de una acción de fuerza contra México tuvieron lugar en la segunda mitad de los años veinte, pero al final Washington prefirió negociar, mediante el acuerdo Calles-Morrow, que volverse a meter en problemas con ese vecino al que el ex embajador Davidow ha visto como un auténtico conjunto de púas.

En Conclusión.- La mejor manera en que el débil puede resistir la acción directa del fuerte es hacerle creer que si bien no puede parar su zarpazo, luego tendrá que tomarse la molestia de quitarse las espinas. Realmente, y aunque hubiera preferido la figura del erizo, no es mala idea que el embajador Davidow vea a México como un puercoespín... ¡es una buena defensa!